

evocación constante, una proyección especial indefinida; el hombre del Renacimiento, que conquistó la independencia de la razón y el concepto de generosidad de la vida, en un culto pecaminoso de la audacia, dotó el arte de un ritmo de fiesta orquestada con todas las pasiones, decorada, exuberante, y casi convulsiva por la suprema tensión de sus anhelos; la tres generaciones que estriban el puente temporal que va del siglo XVIII al XIX fueron idólatras de las ciencias, que entonces surgían o se ensanchaban en una embriaguez de novedad, portadora de una ilusión sobre el dominio irrevocable de todos los misterios de la vida, prepararon y realizaron el romanticismo, valoración ilimitada del espíritu humano, visión exageradamente heroica de sentimientos en conflicto con todas las adversidades; y por remate de esta enunciación tenemos en nosotros la consecuencia del descalabro general de todos los basamentos de la certidumbre humana, fe religiosa optativa y débil, filosofía de tanteo, ciencias en perenne revaluación, lo que traducido al arte nos ofrece obras de transición incesante, siempre en busca de un sendero; rebeldía del creador que jamás encuentra el remanso de las normas, rebeldía del contemplador que no halla nunca bien apacentada su sed de idealismo.

Si ampliamos nuestra pesquisa hacia lo ocurrido en otras culturas lejanas de nosotros en el tiempo o en el espacio, tal vez percibamos mayores motivos de comprobación de esta idea del narcisismo de la vida en el arte.

En el confuso panorama de la filosofía de la historia se discute con efusión si la humanidad progresa en línea recta, en espiral o en ciclos cerrados de cultura, y hasta si de cierto evoluciona o no favorablemente. Es fácil argumentar en pro de cualquiera de tales suposiciones, basta concatenar una larga serie de hechos aislados e imaginar fórmulas de interpretación sutilmente adecuadas al concepto inicial. Mirando el proceso de la historia con la vista enmétrape del sentido común se advierte un desenvolvimiento progresivo de la especie. En ocasiones una raza o una nacionalidad cede su posición de avanzada y aun se eclipsa o sucumbe: otras surgen luego—y esto constituye una prueba al parecer irrecusable—que reemplazan a la anterior y la superan por el desarrollo de nuevas aptitudes. Hay una limitación normal de nuestras facultades que no nos permite avanzar indefinidamente en un rumbo dado: porque la estatuaria griega alcanzara un ápice de perfección o su filosofía hubiera escudriñado casi todas las sutilezas y reconditeces de la probabilidad, no impidió que los latinos crearan una judisprudencia, una arquitectura, un concepto de ciudadanía imperial, una religión católica. A veces parece bajar el nivel universal de la cultura, desdiciendo de esta opinión como en la Edad Media. Mas si se contempla la difusión de aquella cultura mediterránea de pequeño circuito urbano hacia los diez millones de kilómetros cuadrados de Europa la vemos ganar en extensión primero, en intensidad

más tarde, cuando este eclipse de gestación necesaria cumplió su término. Por una u otra razón disfrutamos de los conocimientos de las culturas extinguidas aparentemente ya en forma de hábitos mentales y sociales, ora en la revelación directa de las investigaciones arqueológicas, haciéndonos dueños aventajados de su sabiduría. Ocorre, sin embargo, que a más de una limitación de nuestras facultades hay la interdependencia de los conocimientos, en virtud de la cual no avanzamos en un sentido mientras no progrese en otro también. De ahí un regreso periódico en aparentes círculos de repetición a antiguos temas de artes, ciencias y filosofía, cuando, vaya como ejemplo, nuevas adquisiciones en ciencias fisico-naturales permiten una reconsideración ventajosa de aquellas disciplinas. Las facultades humanas se desarrollan intrínseca o exteriormente, pues si la memoria, al parecer, fue más rica en el período en que la cultura se servía sólo de una tradición oral, hoy suple su deficiencia con trece millones de obras impresas, que son memoria, por decirlo así esterotipada. Quizá los

órganos de los sentidos hubieron en otras épocas mayor finura y alcance, mas tienen hogaño en el método de observación un auxiliar que multiplica su eficiencia en prodigiosa magnitud, con lo cual puede decirse que han progresado extrínsecamente más que pudiesen haberlo hecho ampliando la esfera de su sensibilidad íntima. Tras esta divagación busquemos argumentos en esas remotas culturas, por alguien tenidas como cosa aparte, organismos de diferente estructura de la nuestra, ininteligibles para el común de nosotros los filisteos.

Los egipcios, a quienes varios eruditos consideran hoy, con discutible audacia, como un pueblo de una civilización materialista, a la manera de unos «americanos de la antigüedad», entendiéndolos por americanos a la república anglosajona del norte, y considerándolos, no se sabe por qué, organismo ya maduro que sólo puede dar tractores de explosión y agiotistas, ofrecen a nuestro estudio una arquitectura, una escultura, una pintura y pocas leyendas, acervo suyo cultural en el terreno artístico. En esa arquitectura nilótica vemos sobresalir y señorear el conjunto la augusta sencillez de la pirámide, esbozada a todas horas por las arenas del desierto. En la orientación espacial de esta creación arquitectónica se revelan a nuestra esquiva admiración los conocimientos astronómicos y geométricos que un pueblo que vivía de la recurrencia de un fenómeno estacional tuvo que emprender y desenvolver en el decurso de las edades para regular su vida. En el género religioso de aquella arquitectura encontramos columnas cuyo capitel copia la naturaleza vegetal ambiente, la palma, el loto y el papiro. Los muros cerrados de la arquitectura civil y el gran espesor de ellos en la funeral y religiosa, marchan también en función de vida, protegiéndola del bochorno canicular. La estatuaria palaciega estiliza en maravillosa expresión los conceptos políticos de un rey divinizado, orgulloso y sereno, severo y protector a la vez; mientras que la popular nos conduce como de la mano al conocimiento de escribas y dignidades de sutil inteligencia, indiabladamente irónica, o de una sabrosa sensualidad, apenas adormecida en el rictus discreto de los ojos y los labios. La pintura, que llega al arte por la esbeltez de las líneas y la sencillez expresiva del trazo, y toca por otro lado en el mecanismo de los ideogramas hasta hacerse historia y literatura, funde en sí la vida de ese pueblo en copia y narcisismo conjugados.

El hombre egipciaco vió año por año repetirse el renacimiento de la vida y concibió el pensamiento de que ésta es indestructible, que el muerto, como las simientes vegetales, esconde adormecidas, bajo su corteza material funciones eternas. Concepto de casi todos los pueblos primitivos, pero tan arraigado en éste que al progresar en cultura prefiere multiplicar el alma en nuevas y diferentes entidades a prescindir de la supervivencia sensible. Su arte, que rinde tributo fervoroso al desierto y al río, de cuyo combate eterno deriva él la

INDICE



30 libros recomendables:

Emilia Pardo Bazán: <i>La literatura francesa moderna</i>	3.50
Paul Morand: <i>Nueva York</i>	3.50
Alejandra Kolontay: <i>La mujer nueva y la moral sexual</i>	3.50
Ramón del Valle Inclán: <i>Claves líricas, versos</i>	3.50
John Reed: <i>Cómo asaltaron el poder los bolcheviques</i>	3.50
Leonardo de Vinci: <i>Escritos literarios y filosóficos</i>	3.50
Knut Hamsun: <i>Sañadores</i> . Novela	3.00
Soren Kierkegaard: <i>El concepto de la angustia</i>	3.50
S. Freud: <i>El porvenir de las religiones</i>	7.00
José Ortega y Gasset: <i>La rebelión de las masas</i>	6.50
Teodoro de Banville: <i>Muñecas</i>	3.00
Francisco Vera: <i>Lógica en la Matemática</i>	3.00
Enrique Larreta: <i>La gloria don Ramiro</i>	4.00
Paul Barth: <i>Los estoicos</i>	5.75
Salvador de Madariaga: <i>Arceval y los ingleses</i>	3.50
Hermann Heller: <i>Europa y el Fascismo</i>	3.50
Sergio de Markow: <i>Cómo intenté salvar a la Zarina</i>	3.50
Azorín: <i>Pueblo</i>	3.50
Stendhal: <i>Vida de Enrique Brulard</i>	3.75
Romain Rolland: <i>Vida de Remakrishma</i>	3.50
Larcadio Hearn: <i>Kwaidan</i>	2.50
Gregorio Marañón: <i>Don Juan en el teatro, en la novela, y en la vida</i>	3.00
Dr. César Juarros: <i>El amor en España</i>	3.00
Bernard Shaw: <i>Pigmalión, Androcles y el León</i>	3.50
Jose Ortega y Gasset: <i>Misión de la Universidad</i>	2.75
Bernard Shaw: <i>La profesión de Cashel Bryon</i> . Novela	4.25
Leonhard Frank: <i>Carlos y Ana</i> . Novela	3.00
Ramón Pérez de Ayala: <i>El libro de Ruth</i> . Ensayos en vivo	3.00
Rafael Domáñez: <i>El nacionalismo en arte</i> . Notas sobre la vida artística contemporánea	3.50
Wassiliew: <i>Achraha</i> . Memorias del último director de la policía rusa	4.25

Solicítelas al Adr. del Rep. Am.